



Budapestre vonatkozó újságcikkek

Szerző: *Salazar, Adolfo*

Cím: *La vida musical*

Forrás: *El sol*

Madrid 1925. 5. 14.

(Hely)

(Idő)

(Köt. v. füz.)

(Old.)

Oszályozás

78(064.5)

Hely

Idő

1923

Személy

La vida musical

BARTOK Y DEBUSSY EN EL CUARTETO DE BUDAPEST.—INCULTURA Y HOSTILIDAD

El Cuarteto de Budapest ha vuelto a dar en la Sociedad de Cultura musical nuevas muestras de su arte excelente, y esta vez hemos de agradecerle de la más cordial manera que haya incluido en su programa una obra (el primer "Cuarteto" op. 7), del más grande de los músicos contemporáneos de su país: de Béla Bartok.

Béla Bartok, que es hoy día una de las figuras que con mayor atención solicitan el interés del público inteligente europeo, es aún muy incompletamente conocido en España. Solamente se han tocado de él algunas deliciosas piezas para piano, otra de orquesta (los vigorosos "Retratos"), y el cuarteto a que ahora nos referimos; pero, si no me equivoco, el nombre de este músico y parte de su obra pianística preocupa constantemente a los que de un modo serio y consciente se consagran al arte sonoro, desde que en 1915 Manuel de Falla y el que esto escribe comenzaron a hablar o a hacer oír las obras de Bartok en artículos, conciertos y conferencias. Su personalidad admirablemente delineada, la fuerza y carácter de sus concepciones, su originalidad potente, la belleza de sus ideas melódicas y

su riquísimo y exquisito sentido armónico, fundado éste y derivadas aquéllas de la canción popular húngara—en cuya utilización artística hizo con Kodaly una intensa labor de saneamiento—, todas las demás razones que motivan nuestra admiración han sido ya expuestas aquí y no hemos de repetir las, aunque sí consignamos ésta tras la audición de una de las primeras obras de Bartok: su "Cuarteto" op. 7, ahora tocado por sus compatriotas.

De esta obra a las más recientes, tales como el segundo cuarteto, los tres estudios para piano o la pantomima "El mandarín milagroso", media un lapso de tiempo de diez años. En el año en que Bartok componía su primer cuarteto, en 1908, ese artista tenía veintisiete años. Aunque singularmente dueño de su técnica, ésta estaba aún lejos de asumir los descubrimientos y hechas significativas con que la música se ha enriquecido en los últimos momentos. Más bien, por el contrario, la técnica y las ideas de Bartok en la obra en cuestión se inclinan del lado tradicional, del que no se aparta de un modo positivo, aunque naturalmente se vea en ella

un deseo manifiesto de soltar las amarras y volar libremente por el espacio ilimitado de los nuevos descubrimientos.

Desde la obra anterior, las "Bagatelas", op. 6, Bartok comienza a revelar claramente su deseo de cambiar de estilo, y hasta 1910, en las "Dos imágenes", para orquesta, cuyo estreno en Madrid anunció hace poco el maestro Pérez Casas, ese nuevo concepto no aparece definido. Las obras de ese período son, pues, más bien obras de transición, obras preocupadas, llenas de ese ardiente deseo de renovarse, que es uno de los más santos y nobles anhelos de un artista. Si no se rodease a Beethoven de una hipócrita y superstitiosa falta de crítica, se vería cómo sus últimas grandes obras, los últimos cuartetos, sobre todo, son productos inefables de un estado espiritual análogo al descrito, y, al efecto, Zoltan Kodaly dice, refiriéndose a la obra referida de Bartok, que se acerca a la pureza de la música de cámara beethoveniana. Nada más exacto en cuanto a lo espiritual—y un análisis minucioso podría comprobarlo—; pero la obra de Bartok pertenece íntegramente a una concepción "horizontalista" de la música que, con Reger a la cabeza, pregonaba una vuelta a Bach, como reacción ante el armonismo exclusivo, cuya expansión máxima está en "Tristán". El "lento" inicial del primer cuarteto de Bartok entra de lleno en ese criterio, y su tejido polifónico, nada complejo expresivamente, está

dictado por un sentimiento intenso, hondamente emocionado, que se traduce por unas frases de ingenuo corte, refractarias a toda idea de color y muy trabadas polifónicamente. De bastante extensión ese primer tiempo, no se perciben en él, a mi juicio, giros ni desinencias populares y su belleza moduladora y de equilibrio de frase, con diseños de origen impresionista, son particularmente notables en el pasaje de transición que lleva al "Allegretto", interesantísimo como producto de fina inteligencia, sobre todo en el final donde unas graciosas figuritas están deliciosamente tratadas desde el punto de vista dinámico, en un plan cada vez más sugestivo conforme se entra en el último tiempo verdaderamente espléndido, lleno de vida y color, acaso ya con giros populares, y de efficacísimo tratamiento instrumental. Bella y sólida obra, en resumen, contribución valiosa al repertorio de la música de cámara contemporánea y que sirve de ardiente estímulo para avanzar en el conocimiento de la obra total de Bartok.

Así habríamos de solicitarlo de los organizadores de estos conciertos que, al parecer, no reciben en caso como éste felicitaciones tan sinceras como la nuestra. Al contrario, uno de los críticos más discretos y que con más serenidad exponen sus opiniones en uno de los más templados diarios, da la voz de alarma sobre la actitud de ciertos aficionados que se consideran con derecho a monopolizar para provecho de su gusto exclusivo los programas de las Sociedades. Esto, por una parte, y la actitud de otros revisteros de conciertos, llamados "críticos", cuyo criterio procura ajustarse a los gustos de la mayoría, o originen a una situación intolerable en perjuicio de los artistas contemporáneos y de los admiradores de sus obras. Emboscados tras de una estulta y grosera actitud de defensa de los clásicos, a los que consideran ofendidos por los cambiantes modos de expresión, se dedican a hostilizar a cada obra nueva que se desliza ante sus orejas, y, más papistas que el Papa, creen de buena fe velar por los fueros del arte al aconsejar mayor parsimonia (¡más todavía!) en la interpretación de los artistas que más soberbiamente han enriquecido el arte musical. ¡El aficionado A y el revistero B, en contra de Strawinsky y de Bartok en nombre de los sagrados prestigios del arte! ¡Qué cosa más grotesca!

Székesfővárosi Helytörténelmi Társaság 1925

La Asociación de Cultura Musical puede hacerlos caso; pero entonces debe cambiar su título por el de "consumo musical", como algunos han definido a otro grupo. Desde el momento de su fundación, consideramos el propósito de esa Asociación como imposible, si es cierto. No queremos exponer nuestras reservas; pero, en cambio, anunciamos que defenderemos con toda energía lo que esa Sociedad intente en el sentido mencionado, cuando presentando lo que con su leal saber y entender producen los artistas actuales se levante el coro de lebreles, ávidos de descuartizar más víctimas palpitantes.

* * *

El mayor éxito del Cuarteto de Budapest lo obtuvo con su admirable interpretación del Cuarteto de Claudio Debussy, graciosa, picante, de una viva frescura rítmica y de aguda intención en las frases, además de una sonoridad finísima, sutilmente equilibrada. Sobre todo, el "assez vif" produjo un efecto intensísimo que obligó a levantarse varias veces a los notables artistas. Bien. Ya los más "solapados detractores" de la música moderna y los periódicos más faltos de crítica (citamos frases de un artículo reciente de "Azorín"), se han decidido a admirar a Debussy y a ese cuarteto al que no hace mucho calificaba uno de los más reputados de entre aquellos escritores como "música de perros y gatos". Sea enhorabuena. Pero estaremos aviados si los organizadores de

conciertos no saben aguzar el oído con más finura que esos officiosos celadores del arte, quienes creen, de buena fe, en la necesidad que de sus servicios han menester las grandes figuras del pasado.

Adolfo SALAZAR